

Cuéllar y Balzac¹

ADRIANA SANDOVAL
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM

Cuando Honoré de Balzac,² conocido así a partir de *La peau de chagrin* (1831) empezó a hacer sus primeros ensayos novelísticos, el romanticismo todavía estaba vivo. Sus primeras novelas, algunas de las cuales fueron escritas en colaboración, caían claramente en el modo melodramático, tenían la estructura de las novelas de folletín, y fueron escritas con la velocidad imperiosa de la entrega y el pago consiguiente. Antes de *La peau*, Balzac publicó una novela de tipo histórico: *Le dernier chouan* (1829), en la que documenta una rebelión de legitimistas (monárquicos opuestos a aceptar los derechos de Luis Felipe) en la región de la Bretaña (1799-1800), en contra de la República proclamada en París. El tema histórico se había puesto de moda a través de las novelas de sir Walter Scott (1771-1832), posiblemente autor de los primeros *best-sellers* en inglés.³

¹ Parte de la información usada para este artículo proviene de “Los tiempos de la desenfrenada democracia”, introducción de mi autoría a la antología sobre Cuéllar, en preparación para la Fundación de las Letras.

² Antes usó dos seudónimos (el primero un tanto ridículo): “Lord R’Honne” y “Horace de Saint-Aubin”, además de publicar numerosos artículos periodísticos anónimos o con diversos nombres utilizados sólo para ese fin, o bien interviniendo en los artículos firmados por amigos o conocidos. A partir de esta novela incluye el aristocrático “de” en su firma (Robb, 85).

³ Para lo relativo a Scott, véase Crutwell, Allen y Hemmings.

Dos de las novelas de José T. de Cuéllar, *El pecado del siglo* (1869)⁴ y *El comerciante en perlas* (1871) también poseen una mezcla de elementos históricos con una estructura folletinesca, y finales en los que se restaura el equilibrio moral, propios del modo melodramático. Las novelas de Cuéllar de la colección de La linterna mágica son menos positivas y optimistas, y en ellas participan ya de manera significativa elementos realistas, entendiendo al realismo —en términos generales— como la corriente literaria en la novelística del siglo XIX que se ocupa de la vida contemporánea al escritor y de personajes y escenas comunes y corrientes, a diferencia de alguna tendencia romántica, cuyas obras se desarrollaban en sitios lejanos en tiempo y lugar, y se ocupaban de personajes no ordinarios. Recordemos el multicitado prólogo de Facundo —el pseudónimo usado por Cuéllar— a *Ensalada de pollos*, ya dentro de la colección La linterna mágica. Ahí hace referencia al conjunto de las novelas de Balzac conocidas como *La comedia humana*, en la plática con el cajista, a quien dice: “Pero no tema usted que invente lances terribles ni fatigue la imaginación de mis lectores con el relato aterrador de crímenes horrendos, ni con hechos sobrenaturales”. Y continúa:

Yo he copiado a mis personajes a la luz de mi linterna, no en drama fantástico y descomunal, sino en plena *comedia humana*, en la *vida real*, sorprendiéndoles en el hogar, en la familia, en el taller, en el campo, en la cárcel, en todas partes; a unos con la risa en los labios, y a otros con el llanto en los ojos; pero he tenido especial cuidado de la corrección en los perfiles del vicio y de la virtud: de manera que cuando el lector, a la luz de mi linterna, ría conmigo y encuentre el ridículo en los vicios y en las malas costumbres, o goce con los modelos de la virtud, habré conquistado un nuevo prosélito de la moral y de la justicia (Cuéllar 1977, xvi-xvii; las cursivas son mías).

Y en el último párrafo subraya que en sus novelas “todo es mexicano, todo es nuestro, que es lo que nos importa” (xvii), en una apelación directa al lector, conminándolo a incluirse en ese “nosotros” —en un rasgo del nacionalismo romántico.

⁴ Esta novela se ocupa del famoso crimen ocurrido en la Colonia en casa de la familia Dongo, que Manuel Payno recoge en uno de los capítulos de *El libro rojo* (1870), es decir, al año siguiente.

Si bien Scott es colocado tradicionalmente en las historias de la literatura dentro del romanticismo, sus textos mostraban ciertas características que fueron apreciadas y adoptadas por Honoré de Balzac, reputado como el iniciador del realismo francés. Scott gozó de una amplia fama no sólo en el mundo sajón, sino también en el continente europeo.⁵ De hecho, una de las primeras reseñas importantes del francés es precisamente sobre él: “*Les Eaux de Saint-Ronan* par Sir Walter Scott”. En esa reseña anónima —pero identificada por los especialistas como salida de la pluma balzaciana—⁶ se afirma que no es posible atribuir la invención de las novelas históricas a Mme. de Genlis,⁷ dado que su interés en ese tipo de textos se limita a un mínimo de notitas colocadas al pie de algunas páginas. Scott, por el contrario, escribe el autor, “se conforma escrupulosamente al espíritu de los tiempos y a los documentos de la historia” (Vachon, 38). Los personajes conocidos, los propiamente históricos, son tratados de acuerdo con su posición y su importancia. El escocés posee una “habilidad para asir los matices más sutiles, y no omite uno solo de los rasgos característicos” de sus personajes (39). Llevado por su entusiasmo, el reseñador no duda en proclamarlo “el Tácito de los novelistas” (39). Admira su inmensa erudición y su capacidad de observación —los críticos del francés también pondrán en un primer plano esta capacidad suya, considerada usualmente como una premisa fundamental del realismo. Con base en la realidad, Scott escribe sus novelas de manera que “la imaginación del novelista nace de la fidelidad del pintor y de la buena fe del historiador” (39). Pese a comentarios entusiastas, el reseñador tiene un reproche ante el británico: no haber dado al amor sino un papel secundario —el móvil de las acciones no suele ser esta pasión. Es curioso este reparo viniendo de Balzac, porque el amor tampoco parece ser el motor principal en sus novelas: la pasión (en general) sí,

⁵ La primera novela traducida de Scott apareció en francés en 1816: *Guy Mannering*. Para dar idea de su éxito en Francia, baste decir que entre 1826 y 1830 se publicaron 28,000 ejemplares de *Ivanhoe* y 20,000 de *L'antiquaire* (Vachon, n. 1, 38).

⁶ Apareció de forma anónima en el *Feuilleton Littéraire* el 28 y el 31 de enero de 1824 (ver Vachon).

⁷ Mme. de Genlis (1746-1830) fue institutriz de la casa de Orleáns, en particular del futuro rey ciudadano Luis Felipe. Escribió varios libros para niños, con un afán didáctico (*Enciclopedia Británica*).

y el deseo (también en general). Cuéllar pertenece al mismo grupo: salvo en *El comerciante en perlas*, más de carácter romántico⁸ —e incluso en este caso, de manera no central— no es el amor entre un hombre y una mujer su principal interés.

Balzac, siguiendo a Scott, también utilizó personajes provenientes de diversas capas sociales y ya no sólo aristócratas. Ambos amplían el rango social y económico de sus personajes, e incluyen a aquellos que ya provienen de una franja más común y corriente. La mayor parte de los personajes cuellarianos proviene de las clases medias y medias bajas, que son las que más le interesan.⁹ Balzac adopta del escocés la incorporación de personajes considerados como antihéroes, es decir, que no son particularmente sobresalientes en cuanto a valentía o inteligencia y que provienen en su mayor parte de los estratos medios o bajos. Al no concentrarse en un personaje, el novelista escocés puede dedicar más tiempo e interés al contexto social. Este aspecto sería desarrollado poco después, de manera amplia, en la novela realista balzaciana.

De las novelas del ciclo de Waverley, es posible que el francés haya tomado, asimismo, las descripciones detalladas de las épocas. Para Scott era importante ubicar a los personajes en un tiempo y lugar específicos, dentro de una tradición, pues estaba convencido de que esos ejes afectaban de manera clara a los individuos. A éstos los caracteriza, además, a través de su habla, de la manera en que se expresan.¹⁰ El aspecto, la vestimenta, el habla, son aspectos en los que se basa el escocés para individualizarlos. Huelga decir que el francés también estaba plenamente convencido de la necesidad de dar cuenta de todo lo que

⁸ Luis Mario Schneider escribe, al respecto, en su Introducción a la novela: “*El comerciante en perlas* es una obra romántica no solamente por su estructura y estilo sino porque condensa los grandes temas de la escuela: la libertad, la independencia, la superstición, el amor con su carga de idealidades hacia el tipo de mujer pura y angelical, la honestidad y la amistad, la religiosidad, el misionerismo de los héroes, la aventura, etcétera” (Schneider, 13).

⁹ Estas capas ya habían sido incluidas en las novelas previas a Cuéllar, de los llamados novelistas sociales: Juan Díaz Covarrubias, Nicolás Pizarro, José Rivera y Río y Pantaleón Tovar, aunque con una actitud distinta hacia ellas.

¹⁰ Los personajes de una novela como *Atala* o *René* de Chateaubriand, pese a que algunos de ellos son indios o mestizos del norte de los Estados Unidos, se expresan prácticamente de la misma manera que los franceses.

conforma a un personaje. Los costumbristas españoles, en particular Mesonero Romanos, dice Montesinos, toman del realismo, más específicamente del fisiologismo¹¹ francés, “el estudio de la sociedad y de los tipos” (Montesinos, 48).

Los personajes de Cuéllar son comunes y corrientes. El mexicano ubica a estos seres en su contexto y los vincula, de manera implícita y extrapolatoria, con otros similares. Ellos, se le sugiere al lector, no están solos en sus actitudes, ambiciones, desgracias y defectos. Así, al igual que los costumbristas españoles, Cuéllar parecería tener en cuenta al “tipo” balzaciano, de suma importancia para *La comedia humana*, definido por su autor en diversas ocasiones de la siguiente manera (Vachon n. 2, 83): “Un tipo, en el sentido que se debe adjudicar a este término, es un personaje que resume en sí mismo los rasgos característicos de todos aquellos a los que se asemeja más o menos; es el modelo del género”. Es la misma idea que aplica Facundo en *Ensalada de pollos*, que arranca con la siguiente línea: “Don Jacobo Baca es un padre de familia, de esos que hay muchos [...]” (Cuéllar 1977, 8). Así, si bien los tipos comparten rasgos con muchos otros individuos del mismo grupo, también son capaces de poseer características que los convierten en individuos con una personalidad propia e identificable.

Las novelas románticas —como *Atala*, *René*, *Adolphe*— pese a tener lugar en una ubicación y un tiempo específicos, parecen ocurrir en una especie de limbo indefinible. Ciertamente, no son esas dos coordenadas el centro del interés romántico. Scott, en sus novelas históricas, se refirió a un tiempo pasado, pero ya más cercano a él. Balzac llevó a cabo un importante cambio en la ubicación temporal de sus novelas. Sus novelas tienen lugar, lo sabemos, en el tiempo contemporáneo al autor (o apenas unos años antes), al igual que posteriormente haría Cuéllar.

Los dos novelistas incursionaron también en el teatro —como muchísimos otros escritores del siglo XIX. Las producciones del francés no tuvieron mayor éxito, a diferencia de las del mexicano.¹² En ese géne-

¹¹ Tal vez la primera fisiología en francés haya sido la de Anthelme Brillat-Savarin, en 1825: *Physiologie du goût* (*Enciclopedia Británica*). Al año siguiente, Balzac imprimió su *Physiologie du mariage*, aunque no la difundió sino hasta que la incluyó en 1830 entre sus *Scènes de la vie privée* (Robb, 164).

¹² La segunda obra teatral de Balzac data de alrededor de 1820, tenía cinco actos, era en verso y llevaba el título de un personaje popular en la época: *Cromwell*. Su

ro ambos aprendieron el uso de los diálogos, que más tarde les permitiría incorporarlos en sus novelas de una manera eficiente. Aquí hay que señalar una diferencia importante entre ambos. Balzac siempre puso un gran énfasis en la descripción: de objetos, personas, medios ambientes, sitios. En sus novelas ciertamente hay diálogos —que en ocasiones parecen más monólogos— pero podemos decir que un peso importante de la narración cae en la descripción. En Cuéllar, en cambio, sucede lo opuesto. Sus descripciones suelen ser cortas y sumamente económicas.¹³ Los diálogos, en cambio, cargan gran parte de la estructura de sus novelas.

Los años que vivió Balzac (1799-1850) fueron sumamente turbulentos. La Revolución francesa todavía siguió dando coletazos y teniendo importantes repercusiones durante toda la centuria: hubo cambios políticos, sociales y económicos. Cuando nace Honoré, Luis XVI y María Antonieta tenían apenas seis años de haber sido guillotinado. Desde fines del XVIII Francia se ve involucrada en guerras internas y externas. A principios del XIX Napoleón surge como el líder absoluto, militar y político. El imperio terminará en Rusia, con la desastrosa campaña invernal rusa, en la que murieron de hambre, heridas, enfermedades o frío, las dos terceras partes del ejército (600 000 hombres). En 1814 Napoleón parte exiliado hacia Elba y Luis XVIII (hermano de Luis XVI) ocupa el trono francés. Al año siguiente el corso logra volver a gobernar durante 100 días, al cabo de los cuales partirá, ahora sí definitivamente, hacia Santa Helena, donde morirá en 1821. Luis XVIII retoma el gobierno —que no abandonará sino hasta 1824 (debido a su muerte): es un periodo de relativa calma, pero de muchos vaivenes en las tendencias políticas dentro de la cámara. 1820 marca el fin de un periodo moderado, y el inicio del do-

cuñado la mostró al profesor Andrieux, quien después de leerla, escribió al margen: “El autor podrá dedicarse a lo que desee, menos a la literatura” (Robb, 59).

¹³ Pero no dejan de ser también admirables, como ésta, de *Los mariditos*, con un tono balzaciano: “Pachita no había tenido más época bonancible en su vida que su luna de miel. Su marido también había sido garboso como Ernesto. En aquel cuarto desmantelado y sucio, de paredes ensalitradas, permanecía todavía clavada junto a un retrato de Zaragoza la fotografía que representaba a Pachita vestida de novia, con velo y corona, tomada de la mano de un jovencito trigueño y desmedrado, con sus guantes blancos fuera de foco, y en antiartístico contraste con su compañera, que en la flor de su edad estaba rozagante” (Cuéllar 1982, 70).

minio de parte de los ultras (de derecha) en la política. Carlos X (hermano de Luis XVIII) asciende al poder, que ejercerá entre 1824 y 1830. Este periodo está marcado por un retorno a los valores y usos previos a la Revolución. La mala política del rey produce protestas que culminan en la llamada Revolución de 1830. El rey se ve obligado a abdicar y toca el turno a Luis Felipe, el llamado “rey ciudadano”. Las pugnas entre bonapartistas, republicanos y legitimistas desembocan en otra Revolución: la de 1848. El entonces rey opta por abdicar a favor de su nieto —aunque no le hacen caso— y parte a Inglaterra. Se proclama entonces la Segunda República, de corta duración (1848-1852), que intenta poner en práctica unas políticas sociales con un tinte socialista. La nueva constitución establece periodos presidenciales de 4 años. Gana la elección Luis Napoleón Bonaparte, sobrino del corso. Durante dos años el gobierno es cuidadoso y se muestra como moderado. En 1851, el presidente manifiesta su deseo de permanecer en la presidencia por un segundo periodo y hace ciertos requerimientos que al parlamento le parecen excesivos. Napoleón, “le petit” —como lo llamaba irónicamente Víctor Hugo— da un golpe de estado y en diciembre de 1852 se transforma ante el país en Napoleón III. Las turbulencias políticas continuarán durante el resto del siglo, pero ese periodo es posterior a la muerte de Balzac. El signo de los tiempos parece ser el movimiento: el novelista francés así lo entenderá e incorporará esta idea del cambio a la vida de sus personajes.¹⁴

Por su parte, cuando nace José T. de Cuéllar (1830), Anastasio Bustamante ocupa la presidencia. Apenas tiene dos años cuando Santa Anna se pronuncia en contra del presidente. A sus seis años, Su Alteza Serenísima intenta, inútilmente, sofocar el movimiento separatista de Texas; en ese mismo año, España reconoce finalmente la independencia mexicana. Santa Anna alterna la presidencia con Bustamante, con Nicolás Bravo y con Joaquín Herrera. Yucatán amenaza de manera intermitente con separarse del país e independizarse. A los 25 años de Facundo, se promulgan las leyes Juárez y Lerdo, que luego desembocarán en la nueva Constitución de 1857. El gobierno juarista pasará

¹⁴ Vachon hace notar que Balzac habla de *La comedia humana* en diversas ocasiones como una “historia de las costumbres en acción”, o “una historia de la sociedad pintada dentro de la acción” o “una historia de la sociedad moderna en acción” (n. 1, 289).

gran parte de su periodo fuera de la capital. Se da el corto periodo de la Intervención, que terminará en 1867, cuando Cuéllar ya tiene 37 años. Porfirio Díaz inicia la etapa ininterrumpida de su periodo presidencial en 1884; Cuéllar muere diez años después, en 1894.

Todos estos cambios (políticos, militares, económicos, sociales, poblacionales) producen una realidad en continuo proceso de inestabilidad, tanto en Francia como en México. En nuestro país, en medio de la inestabilidad y la inseguridad, surgen unos personajes sin carrera, sin principios ni preparación, que se enriquecen de manera enteramente oportunista aprovechando las “revoluciones”, entendidas como levantamientos, pronunciamientos armados, asonadas que estaban a la orden del día. Estos personajes son una novedad en la vida mexicana y en la vida literaria. Son personas sin oficio, similares a los pícaros, dispuestos a sacar ventaja de cualquier situación, independientemente de principios o valores. Así, dos de los pollos de *Ensalada* son hijos de la clase baja, uno de un soldado, el otro de un sastre, que han abandonado su familia, su clase y el oficio paterno en busca de una mejor posición, pero sin esforzarse ni prepararse, dispuestos a vivir como parásitos. Estamos en medio de una gran movilidad social, de una sociedad viva y cambiante, en la que se abandonan viejos modos de conducta, sin que los nuevos estén apuntalados por valores morales sólidos, que Cuéllar siempre defenderá.

Desde principios de siglo, la Francia de Balzac se coloca en los inicios del capitalismo, de la industrialización —aunque el mayor desarrollo se dará en la segunda mitad, bajo el Segundo Imperio. No sólo Balzac, sino muchos de sus contemporáneos, empiezan a tener la certeza de que el dinero, y ya no el talento (como se quería durante la Ilustración) ni la nobleza (como sucedía en el periodo neoclásico) es el supremo valor. En 1830 Balzac escribió, más impulsado por el deseo que con base en la realidad, que “la aristocracia y la autoridad del talento son más sustanciales que la aristocracia de los nombres y del poder material” (Robb, 169). Esa sociedad pretendía que el dinero era el gran igualador social y, sin embargo, en realidad, recompensaba la avaricia y la mediocridad y al hacerlo, preservaba las viejas distinciones (Robb, 169).

Don Santiago, en *Gabriel el cerrajero o las hijas de mi mamá*, le explica a su hijo adoptivo Gabriel las virtudes de ser un artesano honrado e instruido:

quiero que seas instruido, no para que tu saber sea explotado por los políticos, por los tribunos ambiciosos, ni por los especuladores; yo quiero que te instruyas, para que te enaltezcas a tus propios ojos; para que no te haga callar el primer pedante que te hable, y para que con tu mandil ceñido, entres con la frente erguida a las filas de la única aristocracia posible, que es la del saber (Cuéllar 1892, 76-77).

El desarrollo capitalista mexicano tiene lugar muchos años después que en Francia; en la época en que Cuéllar escribe, más que una preocupación por la acumulación monetaria, se percibe, de una manera más elemental, una mera intención de sobrevivir en medio de tantas convulsiones políticas, militares y económicas. Amalia en *Las jamonas* y don Jacobo Baca en *Ensalada* hacen lo que pueden para pasarla lo mejor posible, según sus escasas posibilidades y educación. Como muchos personajes balzacianos, los de Cuéllar parecen centrarse en preocupaciones materiales.

Algunos críticos han querido definir a Cuéllar como costumbrista. La apreciación es cierta, siempre y cuando consideremos esta tendencia en un sentido francés, es decir, entendiendo costumbres como *mœurs*, término que abarca una idea de moralidad, de modo de vida, y que va más allá del simple recuento de las conductas externas. En este punto, el realismo tendría en común con el costumbrismo la idea de ser, en una medida más amplia, la historia del presente fugitivo; ambos tendrían como propósito capturar el espíritu de su época. Balzac, en su *Avant-propos* (de 1842, reelaborado en 1846) a la publicación de sus obras en conjunto, bajo el título de *La comedia humana* (1842-1847) escribió:

Si la sociedad francesa era la historiadora, entonces yo simplemente debía ser su secretario. Al levantar el inventario de los vicios y de las virtudes, al recopilar los principales hechos de las pasiones, al pintar a los personajes, al elegir los principales sucesos de la sociedad, al componer tipos a través de la reunión de las características de diversos personajes homogéneos, tal vez podría yo llegar a escribir la historia olvidada por tantos historiadores: la de las costumbres (Vachon, 286-287, la traducción es mía).

Cuéllar aspiró, emulando a su admirado escritor francés, a escribir una comedia humana mexicana (en oposición a la divina, de Dante),

que nunca llegó a concretarse de esa manera, como se lee en la cita ya incluida en la página 24. Nótese la idea de que los personajes están ya vivos, ahí, en la sociedad, en acción: el trabajo de Cuéllar será simplemente elegirlos e incluirlos en sus textos. Algunos de los personajes de Facundo que aparecen en una novela vuelven a aparecer en otra,¹⁵ pero con variaciones y adaptados a las circunstancias de la nueva,¹⁶ y no necesariamente como antes lo hizo Balzac, o luego Zola: es decir, estableciendo una continuidad entre ellos y sus familias, trascendiendo a una sola generación. La idea de ampliar el ámbito de los personajes a más de una novela no era nueva en la época de Balzac, pero en cualquier caso, él fue el primero en llevar a cabo el experimento. Cuando decidió hacer cruces entre las vidas de sus personajes, incorporándolos en distintas novelas, tuvo que rescribir algunas de las ya publicadas, para adaptarlas a la idea del conjunto. Esta continuidad entre los personajes contribuye al llamado “efecto realista”, puesto que los lectores pueden imaginar que los caracteres que viven en las páginas de una novela tienen una vida más amplia, fuera de ese texto. Además, el lector irá conociendo a los personajes casi de la misma manera en que se hace en la vida real: poco a poco, a través de informaciones dadas por otros personajes, recibiendo datos de manera casual y aleatoria, viéndolos en distintas etapas de su existencia.

En Cuéllar es evidente una intención moralista,¹⁷ que le viene, coincido con Manuel Pedro González, de Lizardi, más que de los costumbristas españoles como Larra o Estébanez Calderón —aunque no

¹⁵ En el capítulo XIV de *Las gentes que “son así”*, Facundo escribe: “Los lectores que hayan tenido la amabilidad de leer nuestras anteriores novelas nos perdonarán que nos ocupemos de dar en este capítulo algunas noticias de Chona, de Carlos y de Salvador; personajes conocidos ya, excepto de los que por primera vez nos favorecen leyendo el presente libro” (Cuéllar 1872, 135).

¹⁶ José Rivera y Río también quisiera seguir la tendencia, como manifiesta en *Pobres y ricos* la siguiente intención en una nota: “Algunos de los personajes incidentales de esta novela, aparecen figurando en escala más importante, en las del mismo autor intituladas: *Los barrios de México*, *El hijo de la tamalera*, *El diablo en Palacio* y *Honrados y pícaros*” (Rivera y Río 1884, 311), aunque hasta el momento no he localizado ninguna de estas novelas, cuyos títulos no aparecen registrados por ningún estudio del siglo XIX; parecería más bien una intención que una realidad.

¹⁷ Esta intención es también visible en parte de su poesía y en sus artículos periodísticos.

hay que desdeñar que el epígrafe a *Ensalada de pollos* está tomado de “Fígaro”. La Ilustración, recordemos, se caracterizó por un afán didáctico y moralizante en las letras, que está presente también en Balzac, como es patente en una carta a Madame Hanska (octubre de 1834). Primero, dice, escribirá los *Estudios de costumbres*, seguidos de los *Estudios filosóficos*:

En los *Estudios filosóficos*, diré por qué los sentimientos, de qué se trata la vida; de qué forman parte, cuáles son las condiciones más allá de las cuales no existen ni la sociedad ni el hombre; y, después de haber recorrido a la sociedad, para describirla, la describiré para juzgarla (citado en Chartier, 112-113, la traducción es mía).

Con otras palabras registra Cuéllar la misma idea, al hacer evidente su admiración por el francés:¹⁸

Tenáis muchísima razón, Monsieur Honorato de Balzac, hombre privilegiado, profundo filósofo, gran conocedor de la sociedad, vos que con vuestro escalpelo literario disecasteis el corazón humano; vos que con vuestro talento superior supisteis introducirnos en el mundo espiritual, y revelar al mundo pensador los tenebrosos y complicados misterios del alma; tenáis razón en pararos a meditar mudo y absorto, y de abismaros en la contemplación de este dédalo de misterios que se llama corazón humano. Prestadme algo de vuestra sublime inspiración, un ápice de vuestro ingenio, una sola de vuestras penetrantes miradas, para contemplar a mi vez a mis personajes, pobres creaciones engendradas en la noche de mis elucubraciones y de mis recuerdos.

Yo también suspiro por el mejoramiento moral, yo también deseo la perfectibilidad y el progreso humano; y escritor pigmeo, lucho por presentar al mundo mis tipos, a quienes encomiendo mi grano de arena con que concurro a la grande obra de la regeneración universal (Cuéllar 1977, 184).¹⁹

Balzac habla de explicar, en el sentido de buscar y ofrecer causas y efectos, luego de describir y finalmente, más tajante que el mexicano,

¹⁸ Zubieta, un personaje de *Gabriel el cerrajero*, lee las novelas de Balzac y las de Paul de Kock (Cuéllar 1892, 90). Carlos, en *Las jamonas*, se pregunta: “¿Si estaré haciendo un personaje de Balzac?” (203).

¹⁹ Margo Glantz ya señaló este párrafo en su artículo “*Ensalada* o la contaminación del discurso” (70).

habla de juzgar. Cuéllar, en cambio, de manera más suave e incluso más propositiva, considera la posibilidad de la regeneración —una palabra clave durante el siglo XIX.

La Ilustración dio pie al desarrollo de las ciencias (física, química, biología, etc.), que empiezan ya a funcionar con un nivel más alto de especialización, con métodos más rigurosos, con una terminología específica. Los científicos de la época partían de una observación minuciosa y detallada de la realidad, que luego daba lugar, al reunir objetos similares en grupos, a la catalogación. El naturalista francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon, se dio a la ambiciosa tarea de dar cuenta de toda la naturaleza, en sus diversos campos como la historia, la geología, e incluso la antropología, en el libro que abarcó casi toda su vida, *Histoire naturelle, générale et particulière* (1789-1804) y que es considerado como el primer intento sistemático de abarcar tantas áreas. Balzac fue un lector atento, no sólo de Buffon, sino de Georges Cuvier y de Etienne Geoffroi de Saint-Hilaire, a quien dedica su novela *Le père Goriot* y de quienes tomaría la idea de la “unidad de composición”.²⁰ Este mismo afán incluyente, abarcador de toda la realidad, está presente en las intenciones balzacianas en su igualmente ambicioso proyecto de *La comedia humana*. Esta es una posible vía a través de la cual le llega a Cuéllar la idea de clasificar y organizar sus observaciones. Basta recordar la intención de catalogación y definición en el capítulo llamado “Monografía del pollo”, en *Ensalada de pollos*. De Balzac puede tomar Cuéllar, asimismo, una terminología científica, médica, técnica, que permea sus textos. Además, desde fines de la década de 1860 en México ya se empezaban a difundir las ideas positivistas, que también descansaban en bases científicas. Sin embargo, hay que insistir en que en toda la obra de Cuéllar es perceptible un sólido basamento moral y religioso cristiano.

Es sabido que el francés basó parte de su enfoque hacia sus personajes en las ideas, entonces en boga, del alemán Gall y del suizo Lavater. El primero fundó la frenología, basada en la idea (que luego se probó errónea) de que las protuberancias craneanas correspondían a ciertas partes del cerebro. En éste (como luego sí se demostró) hay distintas áreas que corresponden a funciones específicas. Según Gall, al examinar el cráneo de una persona, era posible deducir su personalidad y ca-

²⁰ Véase el *Avant-propos* a *La comedia humana* en Vachon.

rácter. Un ejemplo de *Le père Goriot*: “*Il n’a que ça à faire, dit Bianchon à Rastignac, je lui ai pris la tête: il n’y a qu’une bosse, celle de la paternité, ce sera un Père Eternel*” (Balzac 1983, 101). Goriot, recordemos, el fabricante de fideos retirado, ama a sus hijas (casadas, una con un noble, la otra con un banquero en plena carrera ascendente) hasta la obsesión. Las ha heredado en vida, pero las malas decisiones que ellas han tomado, la vida de lujo de la que gozan, las lleva a necesitar más. Las dos entran en una crisis financiera de manera simultánea y acuden al padre (al que no reciben socialmente) para solicitar ayuda: Goriot, incapaz ya de ayudarlas, sufre una embolia, al cabo de la cual morirá.

Lavater, por su parte, desarrolló la “ciencia” de la fisonomía, según la cual los rasgos externos revelan características del temperamento. Cuéllar ya estaba al tanto de estas dos corrientes, y las menciona expresamente. En *Isolina*, escribe: “En el compartimiento del cráneo de don Fernando un frenólogo había encontrado ya, a primera vista, esta gran división: predominio de las pasiones sobre la razón. El frenólogo había acertado, porque don Fernando era hombre de historia” (Cuéllar 1891, 85). De *Los fuereños* es el siguiente ejemplo (aunque también los hay en *Chucho el ninfo*, en *Isolina la exfigurante* y en *Los maridos*):

Su color [de Clara], no obstante los afeites, tenía esa palidez amarillenta de la raza mestiza pero sobre el cual no se desdeñaban de aparecer, en fuerza del vigor de los diecisiete años, las rosas de su primavera. Tenía los ojos muy negros y el pelo lacio y negro azabache como el de la raza indígena, y si a esto se agregaba una dentadura irreprochable que enseñaba, con la franqueza con que lo hacen las bocas grandes, se tendrá una idea de su fisonomía (Cuéllar 1998, 116).

A Balzac le interesaban, entre muchísimas cosas, los contrastes entre los provincianos y los parisinos: la dualidad campo/ciudad (a la manera de Rousseau), que establece una oposición entre la hipócrita vida de la ciudad de la ciudad con la más sana de las provincias. Cuéllar explora este interés, en particular, en su novela *Los fuereños*,²¹

²¹ Éste es también el tema de una novela de Rafael Delgado, *Los parientes ricos* (1902). No es casual, además, que una de las últimas novelas de Balzac lleve un título muy similar: *Les parents pauvres*: compuesta por *Le cousin Pons* y *La cousine Bette* (1846).

donde este antagonismo es central; ahí una familia de provincianos se topa con los antivalores capitalinos encarnados en sus hijos: la hipocresía, el engaño, la superficialidad, el consumismo, el ocio, el parasitismo social y económico, el dispendio, la propensión al alcoholismo, las tentaciones carnales. Si bien en el balance final pesan de manera negativa estos vicios ciudadanos, Cuéllar no cae en un maniqueísmo simplista, pues es (casi) igualmente crítico e irónico con los provincianos que con los oportunistas, vividores e inmorales capitalinos. Los fuereños son cursis, un poco ridículos, ignorantes, ingenuos y hasta cierto punto primitivos. No obstante, eso es mejor que ser oportunista (motivo de las críticas más duras de Facundo), ocioso, borracho, licencioso, corrupto, aprovechado, ladrón.

Para terminar, mencionemos finalmente las inquietudes de Cuéllar con respecto a los derechos de autor, que datan de su época de dramaturgo. “Disgustado con las prácticas leoninas de los empresarios y compañías teatrales de la época, Cuéllar se convierte en el primer abogado de los derechos de autor, por los que habría de luchar toda su vida” (Ezcurdia, 233). En la entrevista de Ángel Pola a Cuéllar, poco antes de su muerte, dice, con respecto a su trabajo como dramaturgo:

Pero no he hecho dinero —prosiguió. En España el autor tiene las tres primeras noches de representación el 20% de las entradas brutas, y el diez en vida, y hasta 25 años después de muerto. A Rubí, su *Isabel la Católica* le produjo sesenta mil pesos. Pero ¿aquí? ¡Nada, nada! Por eso desde 1853 vengo trabajando con todas mis fuerzas, con ministros, porque se celebre un tratado de propiedad literaria entre México y España. En vano, no se comprende su importancia; sería un verdadero estímulo (*La Ilustración Potosina*, 137).

Balzac, asimismo, estuvo siempre preocupado por el mismo asunto. En 1834 publicó en el periódico una *Lettre adressée aux écrivains français du XIX^e siècle*, que fue la base para una futura ley de derechos de autor y también el embrión para la fundación de la *Société des gens de lettres*, protectora de los derechos autorales.²² Planteó ahí el derecho de los autores a ser dueños de sus obras y la necesidad de legislar para proteger los textos, considerándolos como productos materiales. En esa época, recuerda Robb, los belgas hacían ediciones piratas de la

²² Después de Victor Hugo, él será el presidente de la Sociedad.

producción literaria francesa, que luego vendían en la misma Francia, sin pudor alguno —en realidad libremente, puesto que no era una acción propiamente ilegal. De igual manera, se hacían adaptaciones teatrales de novelas, sin el consentimiento del autor: estas producciones podían producir cantidades considerables de dinero (Robb, 238).

En suma, partiendo de la admiración explícita de Cuéllar hacia Balzac, es posible establecer algunos puntos de contacto entre ambos: la concepción de una serie de novelas en la que reaparezcan algunos personajes; la ubicación de sus novelas en un lugar y tiempo contemporáneos al autor; la aplicación de ideas “científicas” en boga —como las de Gall y Lavater—; el uso de “tipos”, que sean tanto representantes de un grupo como individuos; una atención concentrada en las capas sociales medias; el deseo de llevar a cabo un estudio de las costumbres de su tiempo; una intención moralista visible en sus textos; y, finalmente, la preocupación por reglamentar los derechos de autor.

BIBLIOGRAFÍA

- ALLEN, WALTER. *The English Novel*. 1954. Harmondsworth: Pelican Books, 1967.
- BALZAC, HONORÉ DE. *Le père Goriot*. París: Librairie Générale Française, 1983 (Col. Le livre de poche, 757).
- CHARTIER, PIERRE. *Introduction aux grandes théories du roman*. París: Nathan, 2000.
- CHATEAUBRIAND, RENÉ DE. *Atala-René*. París: Pocket Classiques, 1996.
- CONSTANT, BENJAMÍN. *Adolphe*. Ed. y trad. Wenceslao Carlos Lozano. Madrid: Cátedra, 1985 (Col. Letras Universales, 45).
- CRUTWELL, PATRICK. “Walter Scott” en *The Pelican Guide to English Literature. From Blake to Byron*. 1954. Vol. 5. Harmondsworth: Pelican Books, 1970. 104-111.
- CUÉLLAR, JOSÉ T. DE. *Ensalada de pollos*. Pról. Antonio Castro Leal. 3ª ed. México: Porrúa, 1977 (Col. de Escritores Mexicanos, 39).
- *Las gentes que “son así”*. (Perfiles de hoy). La Linterna Mágica. México: Ignacio Cumplido, 1872.
- *Las jamonas*. Presentación de Margo Glantz. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1992.
- *Los fuereños*. Pról. Juan Coronado. México: Editorial Offset, 1998.

- CUÉLLAR, JOSÉ T. DE. (1890). *Los mariditos*. La Matraca 6. México: Premiá Editora de Libros, Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas, Secretaría de Educación Pública, 1982.
- *Isolina la exfigurante*. Santander: Blanchard y Compañía, 1891.
- *Gabriel el cerrajero o Las hijas de mi papá* por Facundo. (La Linterna Mágica. Segunda época. Tomo XXIII.) 2ª. ed., tomo I. Santander: Imprenta y litografía de L. Blanchard, 1892.
- Enciclopedia Británica*. CD-R. 2002.
- EZCURDIA, MANUEL DE. “José Tomás de Cuéllar o de la irreverencia”. *Escritores en la diplomacia mexicana*. vol. III. México: Secretaría de Relaciones Exteriores, 2002. 229-372.
- GLANTZ, MARGO (coord.). “Ensalada o la contaminación del discurso” en *Del fistol a la linterna. Homenaje a José Tomás de Cuéllar y Manuel Payno en el centenario de su muerte*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. 69-74.
- GONZÁLEZ, PEDRO MANUEL. *Trayectoria de la novela en México*. México: Botas, 1951.
- HEMMINGS, F.W.J., ed. *The Age of Realism*. Harmondsworth: Penguin Books, 1974.
- La Ilustración Potosina*. Ed. facs. Ana Elena Díaz Alejo. Ed. Belem Clark de Lara. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1989.
- MONTESINOS, JOSÉ FERNÁNDEZ DE. *Costumbrismo y novela. Ensayo sobre el redescubrimiento de la realidad española*. 2a. ed. La lupa y el escalpelo 1. Madrid: Castalia, 1965.
- PAYNO, MANUEL y VICENTE RIVA PALACIO. [1870] *El libro rojo*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, 1989 (Col. Cien en México).
- RIVERA Y RÍO, JOSÉ. *Pobres y ricos de México*. 3ª. ed. México: Imprenta de la Librería Hispano-mexicana, 1884.
- ROBB, GRAHAM. *Balzac. A Biography*. New York: WW Norton & Co., 1994.
- SCHNEIDER, LUIS MARIO. “Introducción” a José Tomás de Cuéllar, *El comerciante en perlas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1997. 5-14.
- VACHON, STÉPHANE (ed.). *Honoré de Balzac. Écrits sur le roman. Anthologie*. París: Librairie Générale Française, 2000.